

Introducción del libro de Rodolfo Walsh
“Operación Masacre”, donde se investigan los
fusilamientos a militantes peronistas ocurridos
en la localidad de José León Suárez en 1956

Marzo de 1957

Rodolfo Walsh

Fuente

Rodolfo Walsh, Operación Masacre. Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 2000.

Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

La primera noticia sobre la masacre de José León Suárez llegó a mis oídos en la forma más casual, el 18 de diciembre de 1956. Era una versión imprecisa, propia del lugar—un café— en que la oí formulada. De ella se desprendía que un presunto fusilado durante el motín peronista del 9 y 10 de junio de ese año sobrevivía y no estaba en la cárcel.

La historia me pareció cinematográfica, apta para todos los ejercicios de la incredulidad. (La misma impresión causó a muchos, y eso fue una desgracia. Un oficial de las fuerzas armadas, por ejemplo, a quien relaté los hechos antes de publicarlos, los calificó con toda buena fe de “novela por entregas”.)

Esta, sin embargo, puede ser apenas la máscara de la sabiduría. Suele ser tan ingenuo el incrédulo absoluto como el que todo lo cree; pertenecen en el fondo a una misma categoría psicológica.

Pedí más datos. Y al día siguiente conocí al primer actor importante del drama: el doctor Jorge Doglia. La entrevista con él me impresionó vivamente. Es posible que Doglia, un abogado de 32 años, tuviera los nervios destrozados por una lucha sin cuartel librada durante varios meses, desde su cargo de Jefe de la División Judicial de la Policía de la Provincia, contra los “métodos” policiales de que era testigo. Pero su sinceridad me pareció absoluta. Me refirió casos pavorosos de torturas con picana y cigarrillos encendidos, de azotes con gomas y alambres, de delincuentes comunes —por lo general “linyeras” y carteristas sin familiares que pudieran reclamar por ellos— muertos a cachiporrazos en las distintas comisarías de la provincia. Y todo esto bajo el régimen de una revolución libertadora que muchos argentinos recibieron esperanzados porque creyeron que iba a terminar con los abusos de la represión policíaca.

Doglia había combatido valerosamente contra todo esto, pero ahora lo asaltaba el desaliento. Dos meses antes había denunciado las torturas y los fusilamientos ilegales ante un Servicio de Informaciones. Pero allí un burócrata que bien podría pasarse el resto de sus días estudiando en los textos elementales las normas para cultivar al informante —principio que suponemos básico de todo Servicio similar— no encontró nada mejor que delatarlo. En vez de protegerlo, pusieron en peligro su vida, sujeta desde entonces a las más directas amenazas.

Una denuncia similar presentada por Doglia ante el ministerio de Gobierno de la provincia terminó en una acumulación de papel erudito, un expediente donde —con prosa digna de Gracián, en sus malos momentos— un señor subsecretario llegó a la conclusión de que algo había, pero no se sabía qué.

A estas horas el expediente seguirá creciendo, acumulando fojas, polvo y frases declamatorias. Pero en resumen, nada. En resumen, lentitud e inepticia, cuando es evidente que se trataba de un asunto que importaba resolver pronto y bien. Éste es el servicio que prestan al actual gobierno algunos funcionarios.

Doglia no depositaba una excesiva confianza en el periodismo. Presumía que los diarios oficiales no iban a ocuparse de un asunto tan escabroso, y por otra parte no deseaba que los órganos de oposición lo explotaran con criterio político. Tampoco esperaba demasiado de la Justicia, ante la que acababa de presentarse como demandante el fusilado sobreviviente.

Doglia vaticinó desde el primer momento: 1) que la causa sería reclamada por un Tribunal Militar, y 2) que ese reclamo sería atendido. (Lo primero se cumplió puntualmente a comienzos de febrero de 1957. Lo segundo estaba por verse. Todo dependía de lo que resolviera la Suprema Corte de la Nación, ante la que fue planteado el conflicto jurisdiccional. Al publicarse este libro, también el segundo vaticinio de Doglia se ha cumplido.)

En cuanto al fusilado sobreviviente, conseguí esa noche el primer dato concreto: se llamaba Juan Carlos Livraga. En la mañana del 20 de diciembre tuve en mis manos la fotocopia de la demanda judicial presentada por Livraga. Más tarde pude comprobar que la relación de sucesos que allí se hacía era exacta en lo esencial, aunque con algunas serias omisiones e inexactitudes de detalle. Pero todavía era demasiado cinematográfica. Parecía arrancada directamente de una película.

Y sin embargo, esa demanda era ya un *hecho*. Lo que allí se alegaba podía ser enteramente falso o no, pero era un hecho: un hombre que decía haber sido fusilado en forma irregular e ilegal se presentaba ante un juez del crimen para denunciar "a quien resulte responsable" por tentativa de homicidio y daño.

Había algo más. En el escrito se mencionaba a un segundo sobreviviente, un tal Giunta, lo que brindaba una posibilidad inmediata de verificar los hechos denunciados. Ya estábamos a una larga distancia de aquel rumor inicial recogido en un café treinta y seis horas antes.

Esa misma tarde la copia de la demanda estuvo en manos del señor Leónidas Barletta, director de "Propósitos". Barletta habló poco y no prometió nada. Sólo preguntó si la difusión de ese texto no podría perjudicar la marcha de la investigación judicial. Se le contestó que lo más urgente era proteger mediante una adecuada publicidad la vida del

Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

demandante, del propio Doglia y de otros testigos, a quienes se consideraba en peligro.

Tres días más tarde, la noche del 23 de diciembre, la denuncia estaba en la calle, llevada por "Propósitos". El 21, entretanto, tuve mi primer contacto directo con Livraga en el estudio de su abogado, el doctor von Kotsch. Hablé largamente con él, recogiendo los datos que utilizaría luego en el reportaje que publicó "Revolución Nacional".

Lo primero que me llamó la atención en Livraga fueron, naturalmente, las dos cicatrices de bala (orificios de entrada y salida) que tenía en el rostro. Esto también era un *hecho*. Podían discutirse las circunstancias en que recibió esas heridas, pero no podía discutirse la evidencia de que las había recibido, aunque una versión oficial llegó a afirmar, absurdamente, que "no se le hicieron disparos de ninguna naturaleza".

Por otra parte, se planteaba de inmediato un interrogante fundamental, el de la inocencia o culpabilidad de Livraga en el motín del 9 de junio. Si hubiera sido culpable, aun en la intención, ¿era normal, psicológicamente, que se presentara ante los jueces a exigir reparación? ¿No era mucho más lógico que se quedara tranquilo, dando gracias a Dios por haber salvado la vida y recuperado la libertad? Yo creo que un hombre tiene que sentirse *inocente* para presentar una denuncia así contra toda una Potencia como es la policía provincial. Desde luego –se dirá– todo es posible en psicología anormal. Pero si hay algo que llama la atención en Livraga es su normalidad, su reserva, su capacidad razonadora y observadora.

Por otra parte, ya lo he dicho, estaba en libertad. Esto también era un *hecho*. ¿Cómo admitir que un actor directo de los episodios de junio, un "revolucionario", un fusilado, estuviera en libertad? Lo único que podía explicarlo era la hipótesis de su inocencia. Y ya estábamos cada vez más lejos de la "novela por entregas", que a partir de entonces correría por cuenta exclusiva de las versiones oficiales.

No relataré aquí cómo se fue desenredando la madeja; cómo se llegó a establecer, a partir del hilo inicial, un panorama casi definitivo de los hechos; a partir de un personaje del drama, localizar a casi todos los demás. Prefiero exponer los resultados obtenidos.

En los cuatro meses que dura ya esta búsqueda, he hablado con los tres sobrevivientes del drama que aún están en libertad en el país. A todos ellos fui el primero en llegar como periodista. Al tercero pude localizarlo y entrevistarlo antes que la justicia actuante inclusive.

He descubierto los nombres de tres sobrevivientes más que se encuentran en Bolivia y el de un séptimo que se halla preso en Olmos. He establecido y probado que un hombre que figuró como muerto en la lista oficial de fusilados (Reinaldo Benavídez), y de quien existiría inclusive una partida de defunción, se encuentra perfectamente a salvo. Inversamente, he lamentado comprobar que otro hombre (Mario Brión), que no figuró en esa lista y al que por un momento abrigué la esperanza de encontrar con vida, cayó ante el pelotón.

He hablado con testigos presenciales de cada una de las etapas del procedimiento que culminó en la masacre. Algunas pruebas materiales se encuentran en mis manos, antes de llegar a su destinatario natural. He obtenido la versión taquigráfica de las sesiones secretas de la Consultiva provincial donde se debatió el asunto. He hablado con familiares de las víctimas, he trabado relación directa o indirecta con conspiradores, asilados y prófugos, delatores presuntos y héroes anónimos. Y estoy seguro de haber tomado siempre las máximas precauciones para proteger a mis informantes, dentro de lo compatible con la obligación periodística. En todas estas diligencias conté con la inestimable ayuda de la persona a quien está dedicado este libro.

Desde luego, no pretendo haber llegado primero a todas partes. Sé que hubo una investigación judicial, y aunque no conozco directamente sus conclusiones, tengo todos los motivos para suponer que fue muy seria, eficiente y rápida hasta que quedó interrumpida por el conflicto jurisdiccional. Espero que cuando sus resultados se hagan públicos –si alguna vez ocurre– puedan llenar las inevitables lagunas que hay en este relato.

Parte del material aquí recogido apareció en el semanario “Revolución Nacional” que dirigía el doctor Cerruti Costa. Espero que el doctor Cerruti no me culpe de ingratitud si digo que el hecho de que le llevara ese material no implica una preferencia o una simpatía por la línea política en que él está colocado. Como periodista, no me interesa demasiado la política. Para mí fue una elección forzosa, aunque no me arrepiento de ella. El reportaje inicial a Juan Carlos Livraga ya había sido rechazado por los distintos semanarios a que acudí, cuando el doctor Cerruti tuvo el valor de publicarlo e iniciar con él la serie de artículos y reportajes sobre los fusilamientos.

Suspicias que preveo me obligan a declarar que no soy peronista, no lo he sido ni tengo la intención de serlo. Si lo fuese, lo diría. No creo que ello

Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

comprometiese más mi comodidad o mi tranquilidad personal que esta publicación.

Tampoco soy ya un partidario de la revolución que –como tantos– creí libertadora.

Sé perfectamente, sin embargo, que bajo el peronismo no habría podido publicar un libro como éste, ni los artículos periodísticos que lo precedieron, ni siquiera intentar la investigación de crímenes policiales que también existieron entonces. Eso hemos salido ganando.

La mayoría de los periodistas y escritores llegamos, en la última década, a considerar al peronismo como un enemigo personal. Y con sobrada razón. Pero algo tendríamos que haber advertido: no se puede vencer a un enemigo sin antes comprenderlo.

En los últimos meses he debido ponerme por primera vez en contacto con esos temibles seres –los peronistas– que inquietan los titulares de los diarios. Y he llegado a la conclusión (tan trivial que me asombra no verla compartida) de que, por muy equivocados que estén, son seres humanos y debe tratárselos como tales. Sobre todo no debe dárseles motivos para que persistan en el error. Los fusilamientos, las torturas y las persecuciones son motivos tan fuertes que en determinado momento pueden convertir el error en verdad.

Más que nada temo el momento en que humillados y ofendidos empiecen a tener razón.

Razón doctrinaria, amén de la razón sentimental o humana que ya les asiste, y que en último término es la base de aquélla. Y ese momento está próximo y llegará fatalmente, si se insiste en la desatinada política de revancha que se ha dirigido sobre todo contra los sectores obreros. La represión del peronismo, tal como ha sido encarada, no hace más que justificarlo a posteriori. Y esto no sólo es lamentable: es idiota.

Reitero que esta obra no persigue un objetivo político ni mucho menos pretende avivar odios completamente estériles. Persigue –una entre muchas– un objetivo social: el aniquilamiento a corto o largo plazo de los asesinos impunes, de los torturadores, de los “técnicos” de la picana que permanecen a pesar de los cambios de gobierno, del hampa armada y uniformada.

Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

Si se me pregunta por qué hablo ahora, habiendo callado como periodista cuando otros no lo hicieron –si bien jamás escribí una sola palabra firmada o anónima en elogio del peronismo, ni por otra parte me encontré con un caso de atrocidad comparable a éste–, diré con toda honradez: he aprendido la lección. Pero ahora son mis maestros los que callan.

Durante varios meses he presenciado el silencio voluntario de toda la “prensa seria” en torno a esta execrable matanza, y he sentido vergüenza.

Se dirá también que el fusilamiento de José León Suárez fue un episodio aislado, de importancia más bien anecdótica. Creo lo contrario. Fue la perfecta culminación de un sistema. Fue un caso entre otros; el más evidente, no el más salvaje. Cosas he sabido que resulta difícil callarlas, pero que en este momento sería insoportable decirlas. El exceso de verdad puede enloquecer y aniquilar la conciencia moral de un pueblo. Algún día se escribirá, completa, la trágica historia de las matanzas de junio. Entonces se verá cómo el asombro rebasa nuestras fronteras.

Entretanto, el jefe de Policía que ordenó esta masacre en particular sigue en su cargo. Eso significa que la lucha contra lo que él representa continúa. Y tengo la firme convicción de que el resultado último de esa lucha influirá durante años en la índole de nuestros sistemas represivos; decidirá si hemos de vivir como personas civilizadas o como hotentotes.

Sé que el señor jefe de Policía de la provincia de Buenos Aires ha demostrado una gran curiosidad –que supongo insatisfecha hasta ahora– por saber quién era el autor de los artículos en que presumiblemente se le atacaba. En realidad, debo decir que no ha existido intención de atacar su persona, salvo en la medida en que constituye una de las dos caras de la Civilización y Barbarie estudiadas hace un siglo por un gran argentino; y justamente aquella que debe desaparecer, que todos debemos luchar por que desaparezca.

Con la publicación de este libro firmado se disiparán las dudas del señor jefe de Policía.

En tal revelación no alienta un fatuo espíritu de baladronada o desafío. Sé perfectamente que en este país un jefe de Policía es poderoso, mientras que un periodista –obscuro por añadidura– apenas es nada. Pero sucede que creo, con toda ingenuidad y firmeza, en el derecho de cualquier ciudadano a divulgar la verdad que conoce, por peligrosa que sea. Y creo en este libro, en sus efectos.

Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

Espero que no se me critique el creer en un libro –aunque sea escrito por mí– cuando son tantos más los que creen en las metralletas.